

Francisco Marín Naritelli

EL PERFECTO TRANSITIVO

EDICIONES



FILACTERIA

Colección  
Narrativa

EDICIONES



FILACTERIA

©Francisco Marín Naritelli

EL PERFECTO TRANSITIVO

Primera Edición de 500 ejemplares: agosto 2019

Editor de colección: Rodrigo Peralta

Diseño y diagramación: Ediciones Filacteria

Dibujo de portada: Alex Carreño

Reg. Prop. Int. N°: 305.041

ISBN: 978-956-9896-18-7

E-mail: [contacto@edicionesfilacteria.cl](mailto:contacto@edicionesfilacteria.cl)

Web: [www.edicionesfilacteria.cl](http://www.edicionesfilacteria.cl)

[www.facebook.com/Ediciones Filacteria](https://www.facebook.com/EdicionesFilacteria)

[www.instagram.com/edicionesfilacteria/](https://www.instagram.com/edicionesfilacteria/)

Contacto del autor: [hesse09@gmail.com](mailto:hesse09@gmail.com)

Ediciones Filacteria SpA / Santiago / Chile

# EL PERFECTO TRANSITIVO

*«Tengo miedo de escribir. Es tan peligroso.  
Quien lo ha intentado lo sabe. Peligro de hurgar  
en lo que está oculto, pues el mundo no está en la  
superficie, está oculto en sus raíces sumergidas en  
las profundidades del mar».*

Clarice Lispector.

*«Un día seremos leyenda.  
Mientras tanto seamos felices.  
Llegó la noche y aún estamos vivos».*

Jorge Teillier.

## Break point

*«Las cosas se fragmentan; el centro no sujeta;*

*La pura anarquía recorre el mundo».*

W. B. Yeats.

Nunca supe cómo comenzó todo ni por qué. La imagen que se me viene a la mente es la de una opacidad encabritada, algo así como una zona misteriosa, insalvable, flotando en el aire. Pero de lo que sí estoy seguro es que no podré zafarme. Lo sé, estoy condenado.

4-6, primer set abajo.

Si no gano este partido, moriré. Así tal cual: moriré.

Soy jugador profesional de tenis. He ganado un par de campeonatos. Aunque mi carrera ha propendido a la baja, la verdad. Hace como dos años que el río del éxito fluye en sentido contrario. ¿Retirarme? Ha sido una posibilidad, pero a falta de lesiones graves e invalidantes, no hay ninguna razón convincente. Bien lo sabe Luis, mi entrenador. Lucho o Luchito o Locomotora (no me acuerdo el origen de este apodo), es de aquellos que tiene la palabra precisa, conciliadora. Y no hablamos de palabras pedigüeñas, todo lo contrario. Ese sutil encanto de la verdad matizada, permitía el análisis objetivo, reposado. Por ejemplo, cuando su anterior pupilo, el Máquina comenzó a tener una de aquellas malas rachas, donde la suma de todos los males no se encuentra en el cuerpo sino en la propia cabeza, el Lucho le dijo, no recuerdo exactamente, pero le dijo «sácate estos demonios de encima, tú puedes». Así el Máquina repuntó y ganó uno o dos campeonatos.

A veces me consuela el tono paternal de Lucho repitiéndose en mi mente: «¿Acaso Andre Agassi o Pete Sampras no tuvieron dificultades? ¡Los grandes astros también tienen sombras!».

No creo que sea mi caso, a toda vista. No soy ni Agassi ni Sampras y mi ranking ATP nunca ha superado el top 200. Fui la promesa del tenis chileno, pero ya en tiempo lejano, fantasmagórico, difícil.

Voy perdiendo 2-4. Segundo set. El marcador es desolador.

De pronto veo una silueta. Me vuelve el alma al cuerpo. Matías, mi gran amigo, allí está, alentándome. Vítorea, grita. Una especie de felicidad despinta mi rostro enjuto. Casi me puedo ver estallando en una risa histérica.

Mi oponente me mira extrañado. No he hablado de él, no importa. Pero se ve que el tipo es de aquellos jugadores que no perdona, que saca y volea, que tiene buen juego de pies. Se ha adelantado a mis ataques, ha adivinado mis movimientos. Está en otra velocidad. Perfecta concordancia mente-cuerpo. Eso me parece extraño, intrigante, aunque se me ha prohibido hablar más del asunto. Pero ahora me toca a mí. Siento una especie de calor que me envuelve. Mi cuerpo parece poseído en una seguridad impropia, todo lo contrario a la sensación de catástrofe que me albergó cuando recibí la carta amenazadora bajo la puerta de mi casa en La Reina. Debo aprovechar, 15-0, 30-0, 30-15, 40-15. Resultado final del juego: 3-4. Gano mi saque. Voy a empatar. Voy a igualar quebrándole el saque, qué mejor.

No es lo mismo llegar 4-4 después de defender el saque, que hacerlo después de quebrar el contrario. Puro efecto psicológico. Mi oponente parece desconcertado, duda. De vez en cuando se toma el pelo, gruñe. Luego lanza la raqueta en el 15-40. *Break point.*

Fue una jugada magistral: un *drop shot* desde el fondo de la cancha, imposible de responder para mi oponente. 4-4.

El público aplaude. En el tenis, a diferencia de otros deportes como el fútbol, las pasiones son selectivas, no generales. El concepto de fanatismo no aplica. No hay masa insulsa, sí cierta elegancia individual. Probablemente el público del tenis sea el más ecuánime y ponderado de todos los públicos deportivos, porque aplaude el buen juego, el talento, el tiro que parece imposible pero que, en ese preciso momento, como un cuadro incalculable, revela su magia absoluta, arrolladora.

El Lucho parece satisfecho con mi alza. Emocionado levanta las manos en señal de triunfo.

Cuando todo parece encaminarse a un desenlace prometedor, 30-0 arriba, para ponerme 5-4 en el parcial del segundo set, un dolor agudo se apodera de mi hombro derecho. El primero en darse cuenta es Matías que se toma la cabeza con ambas manos. Una vieja lesión entra en escena justo cuando el desconcierto se generaliza en el *Court Central*.

Trato, insisto. La obstinación lleva mi nombre. Es como correr contra un bosque de espinas monumentales. Más de alguno me alienta, pero son los que aún creen en milagros para nada creíbles.

Mis ojos se llenan de lágrimas. La rabia aflora. Aprieto los labios, como si pudiera con ello exprimir el mal augurio. Camino hacia donde está el Lucho. Mis pies se desplazan como en cámara lenta. Lo sé, no sabe qué decirme. No importa.

Por un momento me imagino una historia con ribetes verosímiles, así tal cual, con detalles. Una bella amada, mirándome triste desde el palco, y el goce que me produciría su sollozo dulce empapando un pañuelo rosa, sus lamentos íntimos, sus recuerdos de mí, de esos que se agolpan en forma de cuadros, álbumes, o en una carpeta prominente en el escritorio de *Windows*, con el rotulo de «bellos momentos». Pero nada de eso es real. Nadie me espera en el palco. Lo sé, allí solo hay un sitio tumefacto de vacío. Casi como en un mal chiste, lo di todo por el tenis y fracasé.

Sonríó levemente. Debería rugir a carcajadas. Al menos los rotativos de crónica roja hablarán de este partido trágico, aunque nadie sabrá por qué seré sacrificado, ni Matías que busca saltar de su asiento, ni Lucho que mira absorto la escena, ahora que el viento parece ser cortado en dos, ahora que comienzo a desvanecerme y que de sopetón pierdo mi forma exacta, definida, otra ráfaga, un pequeño colapso metálico en mi cabeza, paff, la oscuridad, la fragilidad de la carne antes firme.





